

Cuadernos del Sur

Año 14 - Nº 26

Abril de 1998

Internacionalismo e internacional(es)*

Denis Berger

PRIMERA PARTE**

1. Realidades y mito

En el momento en que, después de muchos intentos de entierro, Marx hace su regreso hasta en el oficioso pensamiento universitario, es útil recordar un hecho esencial: el internacionalismo nació de la teoría y de la práctica marxianas.

No es que antes del, *proletarios de todos los países uníos*, que cerraba el *Manifiesto Comunista* no haya habido teóricos y militantes que hayan puesto el acento sobre la necesaria solidaridad entre los pueblos; pero los dichos y los hechos de estos hombres y de estas mujeres más bien se refieren al cosmopolitismo:¹ poniendo como postulado la unicidad de la naturaleza humana, ellos fundamentan su cuestionamiento de la nación a partir de una idea moral, la fraternidad obligada de seres idénticos a los cuales sólo separan los accidentes de una historia deformada por los prejuicios.

Casi no hay necesidad de recordar que el camino de Marx y Engels es profundamente diferente.² Ellos no rechazan la dimensión ética ligada a la idea de solidaridad internacional, pero la fundamentan en una práctica que es, ella misma, un modo de apropiación del desarrollo global de la sociedad. La dinámica de acumulación del capital es, desde su inicio, internacional. Esta dinámica culmina con la aparición del mercado mundial, en proceso de integración constante; y el mercado mundial constituye una totalidad determinante de las evoluciones específicas de cada nación.

De esto resulta que se constituye una red de solidaridad competitiva entre las burguesías de cada país y una red de alianzas competitivas entre los estados. En este nivel complejo, en evolución constante, se sitúa la esfera decisiva de la realidad sociopolítica.

El proletariado, tanto por la naturaleza del salario como de las formas de la valorización, participa en este proceso de internacionalización. Pero su lugar en las relaciones de producción le impide dominar sus consecuencias. Su tarea principal, inseparable si bien que distinta de la conquis-

ta del poder en el cuadro nacional, es la de elevarse por una acción coordinada que nutrirá su toma de conciencia a la altura de la realidad mundial. En otros términos la clase obrera debe cumplir, en el camino de su emancipación, una cierta cantidad de funciones que le son impuestas por la evolución misma de la sociedad: una acción común para la defensa de sus intereses propios y la intervención política contra todas las formas de la política internacional de las burguesías.³

¿Será necesario subrayar que la acentuación de la mundialización, de la cuál somos nosotros hoy los testigos pasivos, confirma la pertinencia de los análisis de Marx y de Engels? El desarrollo de la sociedad crea las condiciones para el internacionalismo práctico. Notemos, a ese respecto, que la visión marxiana del mercado mundial y del sistema de estados no lleva a una negación de la realidad nacional: la revolución, dado que ella plantea un problema social, es internacional en su contenido y en su desarrollo potencial; pero ella sigue siendo nacional su forma.

Problema complejo al que debe responder la práctica, y la práctica remite necesariamente a modalidades organizativas: ¿Qué tipo de reagrupamiento es capaz de asegurar, al mismo tiempo, las funciones internacionales de la clase obrera respetando la autonomía de la forma nacional?

Aquí comienzan dificultades inextrincables.

Marx y Engels, pragmatismo

De Marx y de Engels hay, como habitualmente, mucho que aprender en el dominio del internacionalismo práctico. Pero, al contrario de lo que dicen las más tenaces leyendas, no es en el nivel del enunciado de principios que se podrá cosechar algo. Tanto el autor de *El capital* como su colaborador y sucesor no ofrecen ninguna huella de cualquier metapolítica de la organización. Entendemos por esto que para ellos dos lo esencial estaba en el movimiento propio de la clase obrera, el que por ser el producto de las contradicciones de la sociedad es, en sí mismo, susceptible de alcanzar la dimensión política.

Este paso no llega a ser espontáneo, por ello es que hay lugar para la organización. Pero esta organización debe tender a ser lo más amplia posible, a encuadrar al máximo las capas más activas del proletariado, a fin de hacerles franquear la etapa que lleva de la indispensable acción económica a la lucha global contra el Estado.

A los ojos de Marx los sindicatos, tal como se formaban en su época, eran el lugar en el cual se podía constituir una conciencia revolucionaria

de la mejor manera. Esta es la razón por la cual él les atribuye un objetivo fundamental: la evolución del salario.⁴

Es por esto que él declara sin ambages en 1869: *«Nunca los sindicatos deben ser vinculados a una asociación política, o nunca deben encontrarse bajo su dependencia, si ellos quieren cumplir su tarea, hacerlo así sería darles un golpe mortal. Los sindicatos son las escuelas del socialismo. Es en los sindicatos dónde los obreros se educan y se vuelven socialistas, porque todos los días bajo sus ojos se lleva adelante la lucha contra el capital.»*

*«Todos los partidos políticos, cuales fueran que fueren, sin excepción, no entusiasman a las masas de obreros más que un cierto tiempo, momentáneamente. Por el contrario, los sindicatos captan a las masas de manera durable, solo ellos son capaces de representar un verdadero partido obrero y de oponer un baluarte a la potencia del capital.»*⁵

Es menester en el análisis de estas posiciones tener en cuenta la evolución que ha sufrido, desde hace más de un siglo el vocabulario político. El multipartidismo nos remite, hoy en día, a una realidad organizacional que no existía en absoluto en los tiempos de la primera internacional. Pero no por ello la metodología marxiana deja de estar claramente ratificada.

Se la puede formular así: solo es una organización válida aquella que expresa el movimiento real de las masas obreras; forzadas a tener en cuenta tanto las relaciones coyunturales como las influencias del sistema político «burgués» en el cual ellas se integran, los partidos ocupan una posición secundaria. En lo que se refiere a los comunistas, los que poseen el método que lamentablemente Engels tuvo la idea de bautizar como «científico», forman un grupo cuya solidaridad teórica los pone por fuera en relación al movimiento más amplio, del cual ellos participan en la práctica cotidiana.⁶ (Marx y Engels nunca estuvieron demasiado lejos de pensar que con ellos dos alcanzaba para asegurar la vida de dicho grupo.)

Diciéndolo en otros términos Marx y Engels tienen, frente a los problemas de la organización, una táctica tanto más suelta porque ella está articulada con una posición teórica sólida. La organización es una herramienta, a este respecto adaptable a las circunstancias, al servicio de un objetivo que es la autoorganización obrera; ella no es la encarnación de una necesidad transhistórica. Y esta convicción se traduce en su actitud hacia el Internacionalismo.

No hay ninguna necesidad de recordar lo que hace la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), la Primera Internacional. Subrayaremos solamente su carácter federativo: los sindicatos ingleses, los proudhonianos

franceses, algunos de los cuales van a orientarse hacia el anarquismo, los discípulos de César de Paëpe en Bélgica; todos ellos no tuvieron más que un mínimo de referencias teóricas comunes. Lo que los unía era la voluntad de llegar al objetivo final, «La emancipación de los trabajadores por los trabajadores mismos practicando una solidaridad activa, la experiencia común teniendo como papel el de verificar y, eventualmente, el de acercar los puntos de vista. Se trata entonces de tomar las organizaciones, desde que ellas son representativas al nivel en el que ellas están, y ponerse sobre la lógica de las luchas para hacerlas progresar. En tales condiciones la internacional no actúa tanto como una dirección sino como un centro de coordinación».

Tres textos permiten comprender que Marx (y Engels, cuyo papel de consejero, y después de participante activo, no debe ser subestimado) eligieron deliberadamente respetar los ritmos de evolución de los componentes nacionales del movimiento defendiendo un programa mínimo, alejado de sus concepciones globales pero suficiente para asegurar la evolución positiva del conjunto del movimiento. Veamos lo que Carlos Marx escribe a su compañero de lucha, al informarle de las reuniones preparatorias de la redacción de la minuta inaugural y de los estatutos de la Asociación Internacional de Trabajadores. Dice: *«Era muy difícil en la redacción formular nuestra opinión de manera de hacerla aceptable para el punto de vista actual del movimiento obrero... deberá pasar un cierto tiempo antes que el despertar del movimiento permita la antigua audacia en el lenguaje. Hay que ser 'fortiter in re, suaviter in modo'»* (N. del T: 'fuerte en los hechos, suave en las maneras').⁷

En su respuesta Engels dice: *«Es bueno que nosotros entremos de nuevo en relación con la gente que representa por lo menos a su clase, eso es, en fin de cuentas, lo esencial»*.⁸

Un cuarto siglo más tarde, después de la muerte de Marx, Engels hará el balance de la experiencia: «Esta asociación fundada expresamente para unir en un solo cuerpo a toda la clase obrera militante de Europa y de América, no podía proclamar inmediatamente los principios enunciados en el *Manifiesto*. La internacional debía tener un programa lo suficientemente amplio como para caerle bien a un mismo tiempo a los sindicatos ingleses, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles y a los lassallanos alemanes. Marx, que redactó ese programa satisfaciendo todas las partes, tenía plena confianza en el desarrollo intelectual de la clase obrera, tal como necesariamente debía resultar de la acción y de la discusión llevadas en común... y Marx tenía razón. Cuando en 1874 la

Internacional se desarmó, ella dejó a los obreros en un estado totalmente diferente al estado en que los había encontrado en 1864, en el momento de su fundación».⁹

Referencias del mismo tipo abundan en los textos de los «padres fundadores». A punto tal que el lector desprevenido tiene derecho a preguntarse ¿por qué sus discípulos no sacaron más lecciones de ello? Si se consultan los oráculos posteriores –socialdemócratas y/o comunistas de todas las tendencias– se verá que el comportamiento de Marx y de Engels se explica por la coyuntura específica de los años 1860. Más tarde las condiciones objetivas cambiaron y se hizo necesario actuar de otra manera Punto y aparte. Esta gran vanalidad tiene, como todas las fórmulas de este tipo, una cierta relación con la realidad. Es, en efecto, evidente, que cuando la concentración de empresas se encuentra recién en sus comienzos y que, por consecuencia, la clase obrera no ha alcanzado todavía su peso social máximo, cuando las condiciones para la lucha por el poder están lejos de haberse reunido (como lo muestra la experiencia de la Comuna), no es posible construir el tipo de organización adaptada a una era de crisis y de movilización.

Permanece –y nunca se lo repetirá demasiado– el método marxiano que, por espíritu provocador, yo calificaría como pragmático: sea cual fuere la coyuntura toda organización –internacional en particular, en razón del desafío que ella encarna, como también por la pertenencia a la forma nacional– no merece ser defendida más que en la estricta medida de su eficacia. Y ésta se mide por la contribución que aporta la organización a la unión del proletariado en un bloque políticamente autodeterminado. Cuando, por una causa o por otra, ella deja de jugar ese papel, su lugar está en el desván de los objetos políticos gastados.

Hay mucho a decir de los métodos que Marx utilizó en su combate contra Bakunin. El constatarlo no disminuye en absoluto el sentido político del combate llevado contra el anarquista ruso y sus partidarios: el temía, con razón según mi opinión, que el revolucionarismo abstracto de sus adversarios arruinara los esfuerzos de autoorganización obrera emprendidos por el Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores.¹⁰ Hay que notar que cuando la escisión se volvió inevitable y se acompañó con la partida de muchos sindicatos ingleses, Marx y Engels pusieron fin deliberadamente a la existencia de la Internacional.¹¹

Marx, teórico del fetichismo de la mercancía, no tenía ningún fetichismo de la organización.

Como en un movimiento natural...

Esta ausencia de reverencia por la organización internacional Engels la llevó bien lejos cuando, después de la muerte de su compañero, se volvió el consejero de los partidos socialistas en pleno crecimiento. El no cree, verdaderamente, en la utilidad del Congreso Internacional que, reunido en París en 1889, iba a dar nacimiento a la Segunda Internacional y dijo: *«Por otra parte el Congreso no debe tener ninguna importancia, yo no iré, naturalmente, yo no puedo sambullirme continuamente en la agitación. Pero la gente quiere ahora volver a jugar al Congreso y por lo tanto es mejor que ellos no sean dirigidos por Brousse y Hyndman.»*¹²

Este desprecio paternal está motivado por la prioridad que Engels asigna al desarrollo de los partidos nacionales. Algunos días más tarde él escribe, a propósito de la publicidad de las sesiones del Congreso: *«... me parece que los mismos alemanes, preferirían sesiones públicas, a menos que no haya en algunos la nostalgia de la reconstitución de la Internacional bajo una forma o bajo otra, a la cual los alemanes se opondrían a justo título y con todas sus fuerzas. Nuestros amigos y los austriacos son los únicos que tienen una verdadera batalla a mantener y verdaderos sacrificios a hacer. Ellos siempre tienen una centena de hombres en prisión y no pueden permitirse jugar a crear organizaciones internacionales que por ahora son tan imposibles como inútiles».*¹³

El lector atento –y eventualmente devoto– habrá notado inmediatamente la restricción que implica el decir «por ahora» al fin de este pasaje. Y es un hecho que Engels aceptará más tarde la existencia de la Segunda Internacional. (Y más aún, él pronunciará el discurso de clausura del Tercer Congreso en Zurich en 1893).

Sus reticencias no son, sin embargo, el sólo producto de una coyuntura juzgada desfavorable para la organización del movimiento mundial: el patriarca del socialismo cree profundamente en la inevitabilidad de una transformación social que permitirá el desarrollo necesario de la conciencia de clase, según una curva que, a pesar de las fluctuaciones parciales, es continuamente ascendente y dice: *«La unión simple y natural de los compañeros pertenecientes a la misma clase social y profesantes de las mismas ideas alcanza para, sin estatutos, ni comités directivos, ni resoluciones, u otras formas tangibles, hacer temblar a todo el Imperio Alemán... más aún, el movimiento internacional del proletariado americano se ha vuelto actualmente tan potente que no solamente su forma primitiva y estrecha –a Liga Secreta– sino también su segunda forma infinitamente más vasta –la Asociación Pública Internacional de Trabajadores– se ha vuelto una traba y el simple sentimiento de solidaridad, fundado sobre la conciencia de una misma situación de clase, es bastante para*

crear y para mantener entre los trabajadores de todos los países y de todos los idiomas un sólo y gran partido del proletariado». ¹⁴

La elección de las palabras, el ritmo de las frases, traducen una convicción profunda: la marcha del proletariado hacia su emancipación tiene la potencia de un movimiento natural, orgánico, y este optimismo, que se considera fundado en la ciencia, nos remite a uno de los puntos ciegos del pensamiento marxiano (ya que, por lo menos en este tema, no hay manera de diferenciar a Marx de Engels).

En un cierto punto de sus obras los autores del *Manifiesto*, siguiendo la lógica ya esbozada en las *Tesis sobre Feuerbach*, ven a la clase obrera como negatividad práctica; su posición de exterioridad en la jerarquía social del capitalismo le confiere una aptitud para dar vuelta el orden existente; la revolución aparece desde entonces como la puesta en perspectiva política de las luchas que nacen espontáneamente y cuya culminación lógica es la conquista de la autoorganización; ¹⁵ ella se mantiene en el terreno de lo posible concreto, en la misma medida en la que ella está ligada a los antagonismos globales que constituyen el real social.

Pero por otra parte Marx y/o Engels contradicen a menudo esta innovación teórica, lo que da fuerza a su pensamiento crítico, visiblemente preocupados por dar a su obra el carácter científico que requería su época, ellos se lanzan en una búsqueda encarnizada de un estricto determinismo histórico. En esta etapa aparecen las leyes mayúsculas de La Historia. ¹⁶ Para ser más precisos, la historia reviste la forma de un desarrollo que obedece a una lógica de progreso continuo, que recuerda el de muchos filósofos de El Siglo de las Luces. En esta visión, el curso de los acontecimientos tiende a mutarse en fuerza de las cosas. Fuera del plan político las derrotas del campo obrero se admiten como posibles, pero ellas no son más que circunstancias fortuitas que solamente retardan la inevitable victoria. Es decir que la acción del proletariado es llevada al estado de producto de la evolución necesaria de la sociedad.

Se objetará que esta presentación es esquemática, pero no se trata más que de deducir las tendencias que obran en la reflexión marxiana. La sobreestimación de las llamadas «condiciones objetivas» y su corolario, la aproximación al estudio de la subjetividad social, son unos de los problemas mayores a los cuales esta enfrentada toda la teoría de la revolución. Marx y Engels, como todos los pensadores militantes anteriores o posteriores, han siempre acortado las esperas para la realización de sus objetivos. Este «optimismo revolucionario» (para emplear la terminología usual) nace de una manera no despreciable de un deseo de éxito a corto plazo.

Este deseo no responde solamente a orígenes individuales; también tiene raíces sociales que conviene resaltar.

Limitémonos, por ahora, a constatar que la confianza en el curso de las cosas tiene relación con una reflexión insuficiente sobre la especificidad de las relaciones de dominio que coexisten, sin mezclarse con las relaciones de clase. Cuando se piensa que la evolución hace lo esencial de la política, al desarmar las relaciones de explotación, uno se ve irremediablemente arrastrado a sustituir la automaticidad que nace del desarrollo orgánico por la creatividad de la intervención en los acontecimientos.

La creencia en la marcha de la historia no ha abolido nunca, tanto en Engels como en Marx, la perspectiva revolucionaria. En sus discípulos, con el paso de los años, ella llevó «naturalmente» a una adaptación progresiva a la cotidianeidad de la acción política en el seno de los estados naciones europeos. De ello resulta una forma de organización internacional paradójicamente fundada sobre la supremacía nacional: a diferencia de la Asociación Internacional de Trabajadores, la Segunda Internacional no fue una federación sino una coalición de secciones. Con este estatuto ella ganó una longevidad excepcional puesto que, al precio de cambios secundarios, sobrevivió a guerras y a crisis, pero este no es su legado principal: ella progresivamente perfeccionó un modelo de partido en el cual, en definitiva, se inspiraron todas las corrientes políticas, desde la democracia cristiana hasta las comunistas.

Partido de masas que, a fuerza de adaptarse al sistema político parlamentario, incorporó de él las normas de su propia visión del mundo, la socialdemocracia está directamente fundada sobre el principio de la representación, es decir que, por más democráticos que sean los estatutos ella funciona por delegación del poder institucionalizado: en definitiva, las informaciones y las decisiones tienden a ser monopolizadas por un círculo restringido de dirigentes. Esta restricción de la democracia efectiva (que Robert Michels ha sabido describir) encuentra su justificación en la fidelidad a las leyes mayúsculas de la Historia: a partir del momento en el que la «mayoría militante» de la clase obrera está organizada, la fuerza orgánica de la evolución puede resentirse y por lo tanto es normal que algunos guías cumplan las funciones ejecutivas.

En otros términos, más allá de las divergencias de orientación estratégicas que pueden ser decisivas, hay un fondo común entre todos aquellos que han sufrido la influencia del modelo socialdemócrata. ¿Lenin, que es uno de ellos,¹⁸ acaso en sus esfuerzos de construcción organizativa nacional e internacional, ha logrado liberarse totalmente de su influencia? ¿Acaso

y principalmente en sus perspectivas de la revolución mundial, después de octubre, rompió con una visión de la revolución como proceso orgánico? Las dificultades que él encontró en conciliar el papel del partido con la democracia directa (soviética), ¿acaso no se explican por una visión insuficientemente crítica de la herencia marxista tal como había sido transmitida por la Segunda Internacional?

Son muchas preguntas que merecen ser planteadas, ya que nuestra herencia debe ser buscada por ese lado.

(Traducción del francés: RC.)

Notas

* Publicado en *Utopie Critique*, nº 7 y 8. París, segundo y tercer trimestre 1996.

** La segunda parte de este artículo será publicada en el próximo número de Cuadernos del Sur.

¹ Este término solamente revistió un sentido peyorativo en la época estalinista, cuando la URSS, y después los partidos comunistas, se volcaron a las virtudes de un patriotismo muy teñido de chauvinismo.

² La historia menuda nos dice que Engels no podía, en la Liga de los Comunistas, soportar la idea de que el *Manifiesto* llevara a la fórmula «todos los hombres son hermanos».

³ «La experiencia pasada ha mostrado que un lazo de fraternidad debe existir entre los trabajadores de los distintos países, incitándolos a sostener, codo a codo, todas las luchas por la emancipación, y que si se desprecia ese vínculo el castigo será el fracaso común de esos esfuerzos sin coherencia (...). Todo esto enseñó a los trabajadores que ellos tienen un deber: desentrañar los misterios de la política internacional, supervisar las acciones diplomáticas de sus gobiernos, oponiéndose a ellas, de ser necesario por todos los medios que puedan», K.Marx, «Discurso inaugural de la AIT». Se puede relacionar a estos desarrollos de 1864 con aquellos, escritos once años más tarde, respecto del Programa de Gotha: «De todas formas el cuadro del estado nacional actual, el del imperio alemán, por ejemplo, se sitúa a su vez, económicamente, en el cuadro del mercado mundial y políticamente, en el cuadro del sistema de estados (...) No se dice nada de las funciones internacionales de la clase obrera alemana».

⁴ «Los sindicatos obreros han funcionado como centros organizadores de la clase obrera de la misma manera que las comunas y las municipalidades del medioevo lo habían hecho para la clase burguesa. Si los sindicatos son indispensables en la guerra de escaramuzas entre el trabajo y el capital, lo son aún más como fuerza organizada para suprimir y reemplazar el sistema de trabajo asalariado». Resolución de la AIT (adoptada en el Congreso de Ginebra, septiembre 1866, redactada por Marx).

Declaración hecha por Marx a una delegación sindical conducida por Hamann.

⁶ ¿Será necesario recordar la célebre frase, tan comentada, del *Manifiesto Comunista*: los comunistas no constituyen un partido distinto enfrentado a otros partidos obreros?».

⁷ Carta de Marx a Engels del 4 de noviembre de 1864.

⁸ Carta del 7 de noviembre de 1864.

⁹ F. Engels, prefacio a la edición inglesa del *Manifiesto Comunista*.

¹⁰ Por supuesto que estas puntualizaciones se refieren a las modalidades de construcción del movimiento obrero, según Marx y según Bakunin, y dejan de lado el debate fundamental sobre el Estado.

¹¹ Fijar la sede de la AIT en los EE.UU. de esa época no tenía otro sentido.

¹² F. Engels a F. A. Sorge, 8 de junio de 1889. Brousse y Hyndman representaban, en Francia y en Inglaterra, a grupos socialistas reformistas hostiles al marxismo.

¹³ F. Engels a Laura Lafargue, 28 de junio de 1889.

¹⁴ F. Engels, Algunas palabras sobre la historia de la Liga de los Comunistas.

¹⁵ El partido obrero alemán «crece y desarrolla sus fuerzas tan segura e irresistiblemente como lo hizo en su momento el cristianismo, si bien la ecuación de su tasa de crecimiento -y por lo tanto el momento de su victoria final- pueden ser calculados matemáticamente desde ahora». F. Engels a K. Kautsky. 8 de enero 1884.

¹⁶ Cuando hablan de constituir un «partido obrero» distinto de todos los partidos burgueses, Marx y Engels no pretenden más que eso; como se ha visto ellos no vinculan este objetivo a ninguna forma preestablecida de organización, como se transformará en regla para sus sucesores.

¹⁷ Se puede constatar la oposición que aquí se evoca de un texto con otro, y oponer, por ejemplo, los textos «libertarios» de *La guerra civil en Francia* a la asombrosa profesión de fe evolutiva que nos ofrece Engels, en 1895, en su «Introducción» a *Las luchas de clases en Francia*. Pero, a veces a algunas páginas de distancia, en el mismo texto aparece la disonancia.

¹⁸ Es sabido que, cuando escribe el *¿Qué hacer?*, Lenin cree aplicar a las condiciones rusas los principios de organización de la socialdemocracia alemana.

